

SIC TRANSIT GLORIA



Diciembre, entre sus días cortos con tonos grises, tiene algunas tardes hermosas que permiten al que guste de observación ver en el propio campo cómo van preparándose los seres vegetales á sufrir el letargo á que les condena la madre naturaleza, para poder resistir la crudeza del invierno.

A mitad de ladera, cuesta arriba, nos habíamos detenido para resollar un poco y dirigir una mirada al extenso valle que rodeado de un anfiteatro de montañas ofrecía un panorama delicioso. Fresca la imaginación con la lectura diaria de sucesos de la contienda transwaalense, antojábasenos este plano el cerco de Laysdmith, tal y como hemos podido formarnos juicio viendo los grabados de revistas ilustradas, y la comparación no era del todo desacertada por cuanto que este valle ha sufrido los horrores de la más inicua de las guerras; la lucha fraticida.

Afortunadamente, hoy reina la tranquilidad más completa y es lugar de prosperidad y riqueza.

La tarde muéstrase apacible, el horizonte está muy claro; en vez de nevadas cimas, propias de la avanzada estación en que hemos entrado, se perfila en ellas el límite azul del firmamento. Algunos cirrus de acentuado color de membrillo cruzan el espacio fijando el predominio de los vientos del cuadrante Sur.

El artista que hubiese intentado trasladar al lienzo este cielo, habría sido calificado de ilusionista, y sin embargo, nada más exacto.

Del pie de la ladera en que estibarnos descansando, surge un bulto extraño, que arrastrándose como un reptil, parece verificar su ascensión hacia nosotros. A primera vista no podemos precisar si es un irracional ó un semejante el que sube. Pero á medida que avanza, aunque con bastante lentitud, el bulto se va designando y descubre á nuestros ojos el cuerpo encorvado, casi besando el suelo, de una vieja que, con una

hoz en la mano derecha y un saco roto arrastrando en la otra, hinca la herramienta en tierra para sostenerse, cada vez que da un paso.

La ilusión es inevitable. Nos figuramos la existencia de un aquelarre de brujas en el bosque, cerca del sitio en que estamos, y á esta vieja del Macbeth de Shakespeare, saliendo del cóncave, hacer esfuerzos por lograr subir á la cresta de la montaña para desde ella lanzarse á los espacios etéreos.

—Abuela, por María Santísima, ¿qué viene usted á hacer aquí?

—Señor, tengo noventa años, y desde que no sirvo para otra cosa, todos los días vengo á cortar hierba para el ganado.

—¿Es usted de ese caserío que está á la vista?

—Sí señor.

—¿Y tiene numerosa familia?

—He tenido mucha, señor, pero la he perdido. Hoy no quedamos en casa mas que mi hija y mi nieto que ha venido repatriado de Filipinas, pero inútil para el trabajo. Ya ve usted, señor, que las tierras no pueden estar atendidas, y aunque tenemos un criado, y tres vacas á medias con el amo, no nos es posible salir de la miseria en que vivimos. Si yo no estuviese tan encorvada por el peso de los años, ayudaría; pero el día menos pensado la tierra reclamará su presa.

—Es usted una valiente, buena mujer; cuando tantos hombres en la plenitud de la vida se retiran con una jubilación que les permite disfrutar del mundo con el sarcasmo de haber sido declarados inútiles oficialmente, usted con noventa años sigue trabajando.

—Sí señor, y no he hecho otra cosa en toda mi vida. En ese caserío nací, en estas tierras he trabajado desde que pude empuñar la azada, y aunque mi familia se ha esparramado por todas partes y han ido muriendo sus individuos lejos del hogar, yo nunca he salido de aquí.

—Vaya, adiós, viejecita laboriosa; es usted digna de admiración; adiós repetíamos «in mente», pobre mártir del trabajo y de la desgracia; la muerte te está llamando para descansar.

Y terminamos de subir la colina, dejando á la vieja acurrucada y hecha una pelota sobre el suelo, continuar su labor diaria de hacer montoncitos de hierba para llevársela á sus querida vacas.

Caminando un par de kilómetros desde el lugar en que habíamos dejado á la anciana, fuimos á dar con otro espectáculo.

En una heredad tropezamos con una lápida, cuya inscripción borrosa, en inglés, no pudimos descifrar.

Aquí, nos dijo un casero, está enterrado un general inglés que murió en este mismo sitio en la primera guerra civil cuando al frente de su brigada de la legión inglesa, tomó parte en el ataque de ese monte que está delante. La inscripción dice su nombre, apellido y pueblo de su naturaleza, pero la acción del tiempo la ha dejado ilegible.

¡Qué coincidencia tan extraña! ¡Un general inglés muriendo ayer en Guipúzcoa por sostener los principios de libertad de un país al que se quería someter al absolutismo; y después de tantos años de progreso, otros generales ingleses muriendo en el Natal para oprimir á un pueblo libre! Es retroceder muchos siglos y volver á los tiempos en que imperaba la ley del más fuerte. Bien tristemente lo hemos experimentado con la pérdida de nuestras colonias.

ALFREDO DE LAFFITTE.

San Sebastián y Diciembre de 1899.

AMORIYOZKO IZARRA



Koroa Kantaritaldearentzat

Izar eder gidariya
zu zera nere argiya.

Nonbaitetikan izar ederra
badizut begiratutzen,
argitasuna begiyetatik
dirazu neri banatzen,
zuk ezdakizu nere biyotza
pozakiñ berielasēn,
nolatan dirazun jartzen.

Nere barrena zegon
len oso tristia,
nai gabez betia;
nai gabez betia.

Zori on izan du det
gaur zu ikustia,
aingeru maitia;
aingeru maitia.

Amoriyozko chinpartarekiñ
barrena sutu dirazu,
poz ekartzalle zoragarriya
gar au itzaldtu nazazu;
kupitzen ez bazera zu,
ill ta ikusiko nazu.

JOSÉ ARTOLA.

